

MEMORIA DE ACTIVIDAD

China 2025

Sección de Montaña

DATOS PRINCIPALES

Fecha: Del 31 de agosto al 14 de septiembre de 2025

Lugar de realización: China, diferentes localizaciones

Número de participantes: 20

Transporte: Avión, trenes bala, autobuses privados, Didis.

Alojamiento: Hoteles y hostels

Coordinador/a: Esther Pérez y Mauro Cuadrado

De parte de Mauro y Esther P, queremos dar las gracias de corazón a todos los valientes que se embarcaron en esta aventura con nosotros. Con vuestra actitud y no poca dosis de buen rollo, habéis conseguido que cada esfuerzo valiera la pena. Este viaje no ha sido uno cualquiera... ha sido un “viajazo” con mayúsculas, de esos que se cuentan en cenas, y se convierten en míticos con el paso de los años. ¡Gracias por hacerlo inolvidable!:

Agustín, Ricardo, Luis C, Sara, Pepe F, Rafa, Eli, Luis F, Jesús E, Asun, Esther G, Cruz, Txinto, JuPe, Jesús M, Pitu, Luis SM, Nuria, Pepe Z.

Sigamos sumando buenos recuerdos 😊



No hay duda de que buscar información sobre China fuera de las webs chinas es como intentar encontrar tofu en una carnicería. Todas las webs y blogs occidentales hablan de las mismas cosas, de las mismas ciudades... poco material para el montañero que quiere salir de lo más trillado, y demasiado riesgo para meternos en el desconocido y lejano oriente. Al final, no nos quedó otra que rendirnos ante el todopoderoso ciberespacio chino, y el Google Translator trabajó más horas que un panda en época de apareamiento. Y nosotros también, por qué negarlo.

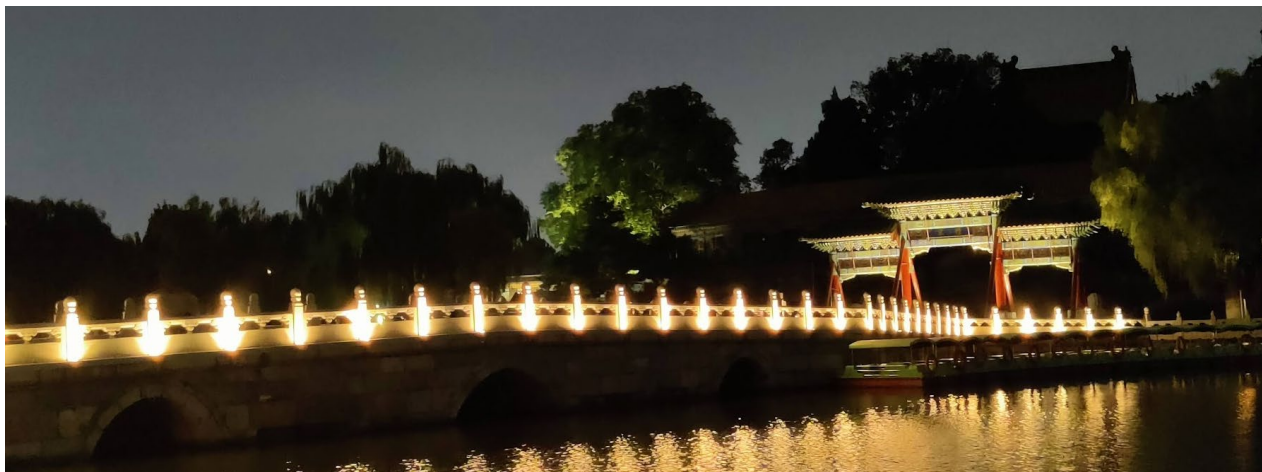
El proceso fue un caos organizado, una odisea digital, unas ganas de salir corriendo de vez en cuando, y un preguntarnos muchas veces "pero por qué me meto en estos líos?"... , pero también un disfrute en muchos sentidos. Porque si algo aprendimos, es que todo parece mucho más cercano en la pantalla que en la realidad, y que planear un viaje a China es como armar un mueble de IKEA sin instrucciones... ni idea de si lo que saldrá se parecerá a lo que pinta en la foto, pero mira, lo montas con muchísima ilusión.

Aunque no lo parezca, este es el RESUMEN de nuestro viaje.

DÍA A DÍA

0830 – sábado – Pekin

Llegan a Pekin (Beijing) los primeros catorce valientes. Se acercan a visitar unos jardines en la ciudad.



0831 – domingo – Gran Muralla

Llegamos los últimos seis de Filipinas... digooo... de Pekín. Tras gestionar una incidencia con dos de las maletas (de cuatro facturadas, reconozcamos que no es muy buena ratio, pero fue culpa de los belgas), nos encontramos puntualmente en el hotel con los compañeros que llegaron ayer y que están desayunando cosas de lo más raras (huevos cocidos grisáceos, dumplings, fideos babosos, espaguetis, arroz...).

Nos cuentan, entre otras, sus aventuras con los taxis y sus primeras experiencias con la utilísima aplicación Didi (el equivalente de Uber en China, pero con precios que hacen llorar de alegría a cualquier europeo).

Dejamos las maletas en la habitación de un compañero prometiendo a la recepcionista hacer el check-in al volver de nuestra excursión y nos montamos en el bus privado contratado para que nos lleve a la Gran Muralla.

El conductor, además de unas botellas de agua, nos ofrece un aperitivo de la conducción local. Se dedica a adelantar vengamos coches de frente o no... y canta y grita, alternando alegría y cierta agresividad en una deslumbrante demostración de bipolaridad. Se nota que disfruta su posición de abusón, como diciendo "el mío es más grande", y, cumpliendo al segundo nuestra planificación, nos deposita en el inicio de la primera ruta que haremos hoy, tras pelearse con las ramas de la estrecha carretera sin ningún remilgo. Previamente ha dejado en la parte turística a cuatro participantes que prefieren comenzar sus aventuras orientales más adelante. O puede ser que con el desayuno hayan tenido bastantes por hoy.



Y ahí nos suelta el hombre, en medio de la China, en lo que parece un pueblecito, cercano a la entrada oficial del sector turístico de “Mutianyu”, en la Gran Muralla. Nuestro plan es llegar por la montaña hasta el sector “Jiankou” (que se encuentra construido sobre la cuerda, como todo el resto de la muralla), y enlazar ambos sectores andando, terminando la jornada en el más restaurado (Mutianyu).

Ni cinco minutos después de empezar a caminar descubrimos que nuestro track no vale, puesto que una familia parece haber utilizado el sendero para asentarse,... nos permiten pasar a su “patio” para leer el letrero

azul escrito en perfecto chino que ellos se toman la libertad de traducir y que dice que subir por ahí es muy peligroso.



Aplicamos el plan B, que consiste básicamente en no hacer ni caso y probar por otro acceso, y descubrimos un camino a medio construir que conecta con otra senda dibujada en el mapa. Esta senda es un verdadero reto, muy vertical, pero bien definida.

Todo el trazado está señalizado con botellas de plástico insertadas en las ramas... bufff... este país tiene un serio problema con el plástico, como constatamos a lo largo de todo el viaje. Pero, al contrario de lo que ocurre en Europa, en este caso nos alegramos bastante al ir descubriendo las botellas que nos indican la continuidad del camino. Un grupo ha intentado el ascenso por otro sendero que finalmente se pierde, y este grupo abandona, marchando hacia la entrada turística. Al encontrarnos con los

otros grupos más tarde, descubrimos que solo seis participantes hemos llegado hasta el cordal sobre el que está edificada la muralla.

Tras superar varios pasos desafiantes aunque no difíciles, rodeados de vegetación y arañas gigantes, ponemos el pie sobre las antiquísimas piedras de la muralla, y descubrimos a otros viandantes chinos, que no consiguen cerrar la boca del asombro cuando nos ven aparecer por una parte de la muralla un poco derrumbada. Vamos a parar junto a una torre muy bien conservada, y allí nos subimos, con algún chino que juega con su dron, y con unos mosquitos también del tamaño de drones (que afortunadamente no son de picar), para hacernos las primeras fotos en tan insigne monumento. Los ecos del pasado están ahí, se perciben... Valoramos brevemente si ir hacia el tramo que involuntariamente nos hemos saltado, pero finalmente todos decidimos continuar desde el punto en el que estamos en busca del resto de compañeros.

Comenzamos a andar por este tramo salvaje y resbaloso, salpicado por la frondosa vegetación que en algunos sitios no deja libre más que un pequeño sendero de baldosas que seguimos hasta encontrarnos con las primeras vallas. Esquivamos esos tramos que están en proceso de restauración y tras diversas infracciones atravesando vallas por arriba, por abajo, y por cualquier flanco en precario, terminamos incorporándonos al tramo turístico de Mutianyu, con la sensación de estar al borde de la deportación, pero con una alegría y un buen rollo, fruto del excelente día de montaña, y de las anómalas situaciones vividas durante la ruta, que serán difíciles de olvidar. Casi terminamos bailando un pasodoble con uno de los guardas de la Gran Muralla que finalmente nos permite pasar porque llevábamos la entrada comprada, aunque no validada, para disfrutar del monumento.



Sorprendentemente no encontramos a las multitudes que esperábamos encontrar y se está divinamente (si ignoramos el calor húmedo y pegajoso). Apuramos al máximo nuestro día y nos vamos encontrando los diferentes grupetes que hemos ido formando. Intercambiamos experiencias, y a continuar...

Nuestro grupo en particular termina bajando a toda velocidad (cuando no nos chocamos con el de delante), por el tobogán que nos baja hasta el comienzo del teleférico, desde donde continuamos andando.



En la entrada oficial encontramos un “plasmafiguras” (les encantan a los chinos estas pijadillas), y echamos los últimos cinco minutos haciendo el moña antes de llegar al punto de encuentro con el bus.

En una siesta nos encontramos de nuevo en el hotel, donde hemos quedado con mi primo que vive allí desde hace casi veinte años, que cenará con nosotros hoy, y se incorporará a nuestro grupo mañana para compartir la actividad durante dos días.

El hotel en el que nos alojamos accede a darnos de cenar y probamos distintos platos a la usanza china: todos los platos se colocan en el centro giratorio de la mesa, y todos los comensales cogen la comida directamente de los platos. Aunque la cantidad que comemos cada uno es directamente proporcional a nuestra pericia con los palillos, se van vaciando los platos.

Derrotados tras nuestro épico primer día, seguidísimo de la cena, nos marchamos a dormir.

0901 – lunes

Estamos deseando perdernos entre la multitud y vivir en carne propia el famoso empujón de los “empujadores del metro” chinos de los que tanto hemos oído hablar. Pero qué va... no sabemos si es que ya no es hora punta o que la suerte nos sonríe, pero incluso alguno conseguimos asiento en las dos líneas de metro que cogemos para dirigirnos hacia la estación de Beijingnan. (Nan=Sur). Nos sentimos algo mayores entre la abrumante mayoría de jóvenes que hacen uso del metro allí.



Con bastante antelación llegamos a la estación de tren de alta velocidad, y antes de entrar en las salas de espera, buscamos algo para comer.

Esta situación se dará con frecuencia en los próximos días y la decepción con lo encontrado para alimentarnos, también (desde mi punto de vista). Hay oferta, pero nada sabe a lo que te esperas. Y las apuestas “seguras”, como las cadenas de comida rápida occidentales, tampoco saben como aquí, añadiéndole que para estándares chinos resultan bastante caras... Bueno, algo malo tenía que tener China, ¿no?

Con nuestro botín alimentario a buen recaudo, vamos haciendo el check-in (es suficiente con el pasaporte, no hace falta ticket) del primer tren de los muchos que cogeremos allí... qué nerviossss.... Vamos a sentarnos en los asientos que nos asignaron al comprar los billetes, saltando el tren con extranjeros. “Laoguai” (Laowai=extranjero), parece que nos llaman, y la verdad que “guays” sí somos, jajaja...

El viaje en el tren bala hasta la estación de Shangrao es muy largo, aproximadamente siete horas, que aprovechamos para hacer de todo, pero principalmente dormir.

Cuando salimos del tren en la estación y vemos la ciudad frente a nosotros, el futuro nos mira directamente a la cara y nos dice: “actualizaos, por Diosss”... los edificios iluminados nos dan la bienvenida y emocionados nos dirigimos caminando hacia nuestro alojamiento, que se encuentra convenientemente cerca de la estación.



Por las limpias y ordenadas calles encontramos poca gente, tiendas abiertas, y una avenida llena de puestecitos de comida a modo de mercadillo nocturno que parece ser algo habitual en muchas ciudades.

Nos registramos en el hotel y las recepcionistas también alborotadas graban vídeos (¿para sus redes sociales?) de nuestro grupo montando el jaleo habitual. Tras una pequeña reunión para hablar de las opciones y dar indicaciones útiles para el día siguiente, nos disgregamos un poco... algunos se quedan en las habitaciones y otros vamos a comprar fruta en las tiendas (¡que abren hasta la una de la madrugada!) o a cenar algo. La ayuda de mi primo nos asegura algo decente que llevarnos al gaznate.

Shangrao es más barata que Beijing, notamos al recibir la cuenta.



Al ir a dormir, las novedades se agolpan tras mis ojos y mi cerebro está despierto. Mis horarios habituales están patas arriba y me cuesta un poco dormir, y casi también encontrar a mi chico para darle un abrazo en esa cama gigante del hotel en el que nos alojamos, pero finalmente el sueño nos alcanza.

0902 – martes – Sanqinshan

El hotel es estupendo, pero el desayuno empieza demasiado tarde para gente como nosotros, que tenemos planes ambiciosos. Cada cual se busca la vida para desayunar como puede.

Con hambre de aventuras (y también de tostadas y café), nos subimos al bus privado que nos espera puntualísimo en la puerta del hotel, para ponernos rumbo a Sanqinshan (Shan=montaña).

Cuando llegamos no hay ni el tato, hemos acertado madrugando. El busero nos señala una empinada escalera por la que se compran las entradas al área escénica y se va al teleférico. Su media sonrisa parece decir: “¿queréis subir andando? ¡Os vais a jartar!”.

Tras confirmar el lugar de recogida de por la tarde, empezamos errando un poco, en busca de la “ticket office”. La encontramos más arriba algo desangelada, aunque algunos compañeros, más sabios o más perezosos, deciden que el teleférico es su nuevo mejor amigo y se escinden del grupo. La mayoría nos compramos la entrada en esta oficina, descubriendo en el proceso que los jubilados tienen descuentos. Me alegro por ellos aunque no me afecte porque soy una jovencueta (jajaja), y nos dirigimos a nuestra primera “escalera hacia el cielo” china.

Los escalones son muy llevaderos, nada que ver con los de Isla Reunión (con los que aún tengo pesadillas), y nos permiten avanzar rápido por una selva que no se rinde ante la intervención humana. Hay edificios abandonados prácticamente devorados por el bosque. La lucha entre la naturaleza y el hombre es constante y palpable. Entre pensamientos desencadenados por todas las novedades de mi entorno, sin darme apenas cuenta, ¡toma ya!, hemos salvado 600m. de desnivel y hemos llegado a la plataforma del teleférico, donde vemos mucho material de construcción acumulado.



Parece que la tecnología no ha llegado a estas montañas, porque vemos a varios hombres enjutos, sudorosos, y con cara de “este no es el trabajo que soñé de niño”, transportar a pie hacia la cima de la montaña (por esas escaleras!) lo que calculamos se acerca a 50 kg (por persona!) a sus espaldas. Salvan prácticamente 300 metros de desnivel hasta donde se está reparando una pasarela de cristal, con esos sacos en el lomo... bufff... Quizá son presos políticos, o delincuentes que están pagando su pena, vete a saber.

Optamos, por mal que suene, por mirar hacia otro lado. Pero es que poco arreglaremos por continuar mirando y el paisaje justifica que concentremos en él nuestra atención... es espectacular.



Los berrocales, domos, piedras caballeras, y los pinos que se aferran a las pocas grietas existentes se dejan ver continuamente entre la niebla, dando al paseo un toque místico... en mi cabeza resuenan Dire Straits: “*These mist covered mountains...*” (aunque por supuesto el significado de la canción no tenga nada que ver, solo esta frase le va al pelo a esta caminata).



Como la pasarela con el suelo transparente (West coast Trail) está en obras, toca hacer algún tramo de ida y vuelta.

Jugamos descubrir en las formas de las rocas la figura descrita en cada imaginativo letrero de turno; “Cobra plateada mirando al cielo”, “Monje anciano juega con mono”...

Un inconveniente chaparrón aderezado con rayos y truenos nos obliga a buscar refugio en uno de los recovecos de las pasarelas. Superada la tormenta, continuamos el recorrido respetando la clausura del camino al pico más alto (vaya, también cerrado). Nos dirigimos a una zona donde se ubican varios templos de diferentes antigüedad y cultos. Una verdadera chulada sobre todo para gente como yo que no es muy de visitar estas tierras.

En la información que hemos puesto sobre la ruta se supone que en esta zona hay unas “panteras nebulosas” (ejemplo típico de traducción directa del chino al español), que a saber lo que serán... y que yo diría que no encontramos. Lo que sí descubrimos es la escultura de un

extraño animal con el que nos hacemos fotos y que pasados los días descubrimos que representa a una salamandra gigante, animal que allí se meriendan sin congoja alguna. Ains, qué pena me dan, parecen tan dulces y pacíficas...





Tras dar cuenta de un aperitivo en el área (unos trozos de fruta, nada de salamandras), vamos disponiéndonos a bajar, y llegados de nuevo al teleférico hacemos uso de él. La niebla se ha ido y nos regala unas vistas de la montaña totalmente diferentes a las de esta mañana. Realmente es una zona asombrosa y tan diferente a lo que conocemos... Los bosques de bambú bajo nuestros pies no parecen tener fin.

Llegados muy cerca del autobús, y puesto que nos hemos adelantado a nuestro horario previsto, pruebo mi primer helado en China...hummm.... poco conseguido. Pero bueno, el resto del día ha valido la pena.

Nos montamos en nuestro bus privado que nos llevará de nuevo a la estación de Shangrao, para tomar el tren bala que a su vez nos lleva a Huangshan (una de las “joyas de la corona” chinas en cuanto a espacios naturales). Cenamos en un sitio en la estación en el que se escoge la comida y se paga al peso. Como elegimos la comida a boleo (yo al menos), me equivoco totalmente. He seleccionado cosas que convierten mi aliento en fuego puro y decido no mirar a la cara a mis compañeros de mesa mientras hablamos para evitar derretírsela... Obviamente, no consigo comerme ni la mitad del plato.

Un grupo de seis personas sale en un tren previo al nuestro. Mientras estamos el segundo grupo en el tren, nuestros dos alojamientos, simultáneamente, nos ofrecen transporte, ya que está lloviendo.

Lo aceptamos, por supuesto. Y al llegar a Huangshan, encontramos a los conductores con nuestros compañeros adelantados. En tres minutos desde la estación llegamos a los alojamientos. Nos dividimos, “briefing” para el día siguiente, “buenas noches, buenas noches” y cada cual a su habitación para hacer un repaso del día mientras nos vamos quedando dormidos...

0903 – miércoles – Huangshan

Primer desayuno chino de “hay lo que hay”: espaguetis en sopa con cosas. Algunos comen más y otros menos, pero la verdad es que tampoco hay muchas opciones para comprar y el plato cuesta lo que viene a ser un euro y medio y desde luego llena... y leches, malo no está. Al menos no pica.

Hoy en Beijing se celebra el gran desfile conmemorativo del fin de la Segunda Guerra Mundial. No es festivo en China, pero eso no impide que medio país esté pegado al móvil como si retransmitieran la final de la Champions. Nosotros, lejos del epicentro patriótico, nos dirigimos al Centro de Intercambio de Visitantes de Huangshan, donde, milagrosamente, a pesar del día espléndido, no hay colas. Sospechamos que los dioses del turismo nos han sonreído... o que todos están viendo el desfile.

Este hecho, junto con la agilidad que nos da la presencia de mi primo con su manejo del idioma, hace que consigamos adquirir nuestras entradas al lugar escénico sin previa reserva y beneficiándonos de un 50% de descuento sobre el precio original, en un espacio de tiempo más que razonable.

Es la primera vez que percibo la “maquinaria turística” china en todo su esplendor. Ni en la Gran Muralla ni en Sanqinshan me había sentido tan “dirigida”.

Aquí todo está cronometrado, intervenido y optimizado. Los chinos tienen unas vacaciones tan breves que cuando salen (deduzco), lo hacen con la eficiencia de una operación militar. Si hay que ver cinco parques naturales en tres horas, se ven. Gestionan grandes grupos de visitantes con una soltura que a muchos les parecería enlatada, pero a mi me resulta necesariamente eficaz.

Aunque subimos a primera hora en el teleférico, varios picos del área tienen cerrado el acceso al público, y prácticamente todo el mundo (no sabemos si por lo especial de la conmemoración o esto está así siempre), sube al Pico Celestial por las estrechas escaleras excavadas en la piedra.

El recorrido de hoy me está resultando muy estresante. Gente con forma física inexistente taponando el paso, jóvenes retransmitiendo en directo su sufrimiento en alguna red social, chicas vestidas como para una gala de TikTok... , unos y otros móvil en mano viendo el desfile mientras suben por esas escaleras con precipicios a los lados (pa habernos matao). Entre todos convierten (convertimos) la ascensión en un circo de tres pistas para las que llegar supone tragar una cola interminable.

Yo claudico en la antecima, el agobio me puede. Pero me consta que algunas personas de nuestro grupo se unen a la fiesta de la multitud, ondeando la bandera china en la cumbre, y, (me jugaría mucho dinero sin temor a perderlo), convirtiéndose en "trending topic" en Weibo (el equivalente chino de Twitter+Insta+YouTube).



Probablemente este episodio sea uno de los puntos culminantes del viaje para uno de nuestros socios del club Pegaso con más solera... para mi es la peor jornada de todo el viaje.

Bajo espantada, y con idea de coger un teleférico y salir por patas de esta montaña, pero al salir del área de influencia del pico el ambiente se vuelve algo más soportable. Hay una barbaridad de gente, si, pero al menos



se puede respirar sin absorber el sudor ajeno.

Lo malo son los altavoces... los grupos llevan guías que claramente no son partidarios del uso cívico del auricular, y que a grito pelao, o peor aún, auxiliados por megáfonos, sueltan su charla como si

estuviesen en una manifestación. Y son tantos... y cuando no hay guías, algún amable paseante comparte su música al límite de los decibelios de su dispositivo. Y si no hay alguno de estos, hay tiendas que tienen puesta su cantinela en el altavoz: "¡pipas!, ¡caramelos!, ¡gusanitos!, ¡refrescos!..." pero en chino, claro. Con ese soniquete medio molesto... Una cacofonía que tristemente, consigue hacerme olvidar que el paisaje que me rodea merece la pena verlo.



Comemos algo junto a otros miembros del grupo que nos hemos encontrado en una especie de centro comercial al aire libre donde hay todo tipo de oferta de comida y objetos, y de nuevo nos separamos en subgrupos. Me comentan después que la zona que ellos han visitado ha resultado ser la más tranquila, pero estoy taaaan haaarta... que no le doy ni la oportunidad.



Un grupito nos dirigimos directamente hacia el teleférico E, pero no para bajar en él, sino para bajar desde allí por el valle.

Cuando comenzamos a bajar por las escaleras por fin empiezo a disfrutar. Nos alejamos del ruido y los oídos me zumban, como cuando sales a las cinco de la mañana de una discoteca en la que lo has dado todo bailando con la música a todo trapo.

Todo se va serenando mientras bajamos, y las vistas y la selva son preciosas. Ocasionalmente nos cruzamos con algún valiente que suponemos que sube a dormir al pico, por la hora, pero el resto del tiempo disfrutamos del bosque prácticamente solos. Aunque el camino es una escalera constante y vertical, está bien mantenida. Lo malo es precisamente la verticalidad; tardamos mucho en recorrer cada kilómetro pues nuestros pasos son más cortos que los de una gheisha, para ajustarlos a los estrechos escalones.

Cuando se nos empieza a hacer un poco pesada la escalera, aparecen pequeños rellanos que se van alargando a medida que se suaviza la pendiente, hasta terminar en otro punto de interconexión, donde cogemos un autobús para ir al Centro de Intercambio de Visitantes en el que dejamos nuestro autobús esta mañana.

Para al llegar descubrir que el bus no está... pero claro, es pronto. Adelantamos la hora de recogida llamando al conductor con ayuda de mi primo, y un helado chino más tarde el bus nos recoge para dejarnos de vuelta en la estación de tren de Huangshanbei (Bei=norte).

Allí tenemos mucho tiempo para cenar, cada uno va eligiendo mientras hacemos tiempo para coger nuestro tren. Mi primo tiene que volver a trabajar, así que en la estación nos separamos, pues tomaremos trenes diferentes. Nos despedimos de él cuando nos toca a nosotros entrar a las plataformas. A partir de ahora estamos solos... ¡Dios mioooooo!!!!...

Bueno, al final tampoco se nos da tan mal. Al llegar a la estación de Yichun nos dirigimos al hotel (a escasos 5 minutos andando) y una recepcionista poco expresiva pero muy eficiente nos entrega rápidamente las llaves de las habitaciones.

Habitual “*speech*” con unas últimas indicaciones para la jornada de mañana y cada oveja con su pareja... a contar ovejitas o a dormir a pierna suelta...

0904 – jueves – Mingyueshan

El hotel nos ofrece desayuno en un pequeño comedor que colonizamos.

Tras desayunar bajamos en busca de nuestro autobús, pero no lo encontramos. Jugamos un poco al escondite, con la colaboración de varios elementos de nuestro grupo en modo “búsqueda y rescate”, y finalmente damos con el conductor.

Nos hemos retrasado 15 minutos sobre la salida estimada, pero el trayecto es más corto de lo esperado, así que nuestros horarios previstos se cumplen.

Al llegar al aparcamiento hay muy poca actividad. Es día laborable y, por lo visto, esta montaña no está en el top ten de las guías turísticas. Incomprensible, porque el lugar es una joya.



El área “urbanizada” que nos recibe es armoniosa, y se encuentra bien conservada. Hay algún elemento que “rechina” (festival del humor...). Concretamente un túnel de flores de plástico que parece el resultado de la colaboración entre un organizador de bodas y un fabricante de juguetes.

Pero el resto -inscripciones junto al camino, el jardín de los aromas, el bosque de bambú...- es una delicia caminar hasta donde se encuentra el teleférico.



Los puestos de venta de comida y souvenirs están en su mayoría cerrados, y pasamos en silencio por delante de ellos. Repito: en silencio... Esto parece un retiro espiritual después del guirigay de ayer.



Al llegar al teleférico la gran mayoría del grupo lo utiliza para subir a la montaña, pero unos pocos irreductibles subimos de cascada en cascada, desafiando a nuestras rodillas por las empinadas escaleras. Es un paseo muy muy muy ("muy" multiplicado por mil) bonito, y prácticamente en soledad, lejos de las hordas de comunistas exaltados que experimentamos en Huangshan. Las cascadas tienen su nombre grabado en rojo junto a las mismas, que podría resultar una aberración, pero resulta extrañamente armónico... China y sus contradicciones.

Cuando llegamos arriba hacemos un descanso en las cercanías de la salida del teleférico, descubriendo uno de nosotros que las fechas de caducidad en las galletas que allí venden, son, como nuestros tracks, "orientativas".

Encontramos a nuestros compañeros que ya están de vuelta y nos hacemos fotos con uno de los chinos más altos que he encontrado en el viaje, que habla algo de inglés y ha estado en Valencia, Sevilla, Barcelona... un verdadero hombre de mundo.

En esta vertiente los bosques cambian: Ejemplares altísimos de Metasequoia glyptostroboides o Secoya del Amanecer (que lo he buscado con el Lens...) alfombran las

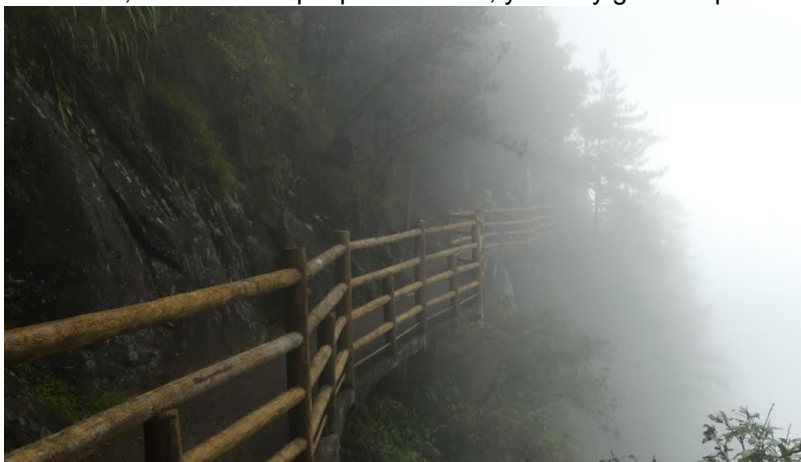
montañas y el valle hasta donde alcanza la vista.

Hay un busecillo que transporta a los pocos turistas que encontramos hasta la entrada de lo que pretendía ser un gran complejo vacacional que soñó con grandeza y despertó en decadencia. Se nota que alguien invirtió aquí con ilusión, y probablemente la ilusión no fue lo único que perdería. Viendo lo que hemos visto, este emprendedor seguramente tenga ya otro negocio floreciente en cualquier otro lugar de China.

Nosotros preferimos caminar porque hace bueno, tienes el bosque para admirar, y no hay gente ni puestos de comida ofreciéndonos "pipas, refrescos..."

La lluvia amenaza en un par de ocasiones, pero nosotros rodeamos el pacífico lago de la brillante luna (Ming=luminoso, yue=luna) en sentido antihorario y nos dirigimos al camino que rodea la montaña. Es un bonito paseo de nuevo por pasarelas integradas en el paisaje, y la niebla entrando y saliendo lo hace aún más especial. Si te paras en alguno de los miradores se oye al bosque respirar.

El delicado equilibrio se



descompensa en algún punto en el cielo y nos cae un chaparrón con algo de aparato eléctrico durante unos quince minutos. Hay varios lugares en los que más o menos resguardarse y aprovechamos uno de ellos.

Finalizamos el recorrido que rodea la montaña atravesando la que llaman "cueva de las estrellas". Artificial que no veas... Se trata de piedras que imitan diamantes pegadas en el techo y que brillan como estrellas cuando captan luz. En los lugares donde las "estrellas" son más accesibles, la cueva es menos estrellada... Para más inri le han puesto luces de colores... bueno, es pintoresco, todo sea por atraer a las masas. Lo que sí es real e impresiona, es un río subterráneo que ruga oscuro, en el interior de la montaña.

Volvemos andando por la carretera desde la que se divisa una pagoda a la que ninguno nos acercamos (nos puede la pereza), y decidimos bajar en el teleférico. El otro grupo sí se acercó, como atestiguan sus fotos. En nuestro paseo aéreo observamos los bosques de esta vertiente, de verde más claro y flexible bambú. Tan diferentes.

Al llegar abajo nos encontramos con los compañeros que esta vez sí, han bajado andando. Están buscando cervezas frías desesperados pero con poco éxito.

Comentamos nuestras experiencias mutuas y nos dirigimos al aparcamiento por el mismo paseo de la mañana. Las tiendecitas están cerrando, así que los turistas han debido llegar a lo largo del día... Para mí el día ha estado genial. La zona es preciosa.

Nos montamos en el bus que nos lleva a nuestro alojamiento, en la China más profunda...

Esta noche nos alojamos en un pueblecillo y nuestro anfitrión está muy emocionado porque somos “sus primeros extranjeros”, y muy nervioso por conseguir que todo esté perfecto.

No dejará huella este alojamiento en la memoria precisamente por su confort, y no es ni de lejos el más barato, pero el joven y su esposa y familia hacen lo que pueden. Descubrimos que en el mundo existen toallas desechables para un solo uso en la ducha, y me cuesta un poco hacerle entender que prefiero que decida él la cena. ¡Bú lá=sin picante, por favor!... Pero lo dicho, nos tratan lo mejor que saben. Incluso nos permiten poner una lavadora.



Tras la cena se hacen unas fotos con nosotros y graban unos vídeos que posteriormente veo que cuelgan en su muro de WeChat. Hemos sido un hito en la vida de la familia y es posible que también de la aldea.

Mi chico, muy oportuno, me informa de que estamos rodeados de arrozales, hábitat ideal para cobras. Maravilloso. Hummm... ¿por qué será que me cuesta conciliar el sueño?... Y como si eso no fuera suficiente, la luz debajo de la cama – que se activa con el movimiento – decide quedarse encendida en plena madrugada, sin que nadie se mueva. Y tarda lo suyo en apagarse... Inquietanteeee...

0905 – viernes – Wugongshan

Otro desayuno de “o esto o nada”: esta vez fideos fritos, que parecen gustar más al personal. Nuestro conductor, que ha pasado la noche en el mismo alojamiento empieza a meternos prisa. También mete a una joven pareja que ha debido pernoctar en el mismo hotel en nuestro autobús “privado”. ¿Nos preguntan? No. ¿Nos importa? Tampoco.

Llegamos otra vez muy temprano al complejo de Wugongshan. El conductor muy solícito nos pide que le sigamos y nos lleva, como una bala, montaña arriba, sin permitirnos parar a echar un vistazo al templo que hay en la entrada, “¡venid, venid!”, nos grita como si fuésemos polluelos desorientados... tampoco pregunta si alguien va a subir en teleférico, y los que van a hacerlo finalmente pasan de él, mientras que los pocos que vamos andando le dispensamos de su improvisado papel de guía benévolo y nos dirigimos a las taquillas ya más tranquilamente.



Está venga a bajar gente, y más, y más... Gente que realmente parece bastante perjudicada. A esta montaña se suele subir a dormir para ver el atardecer y el mar de nubes, aunque nosotros por cuestiones logísticas hemos evitado esta "tradición". No sabemos si bajan perjudicados por el resacón consecuente del fiestorro nocturno, o por la deplorable forma física que parece ocultarse tras la delgadez. Delgados, si, pero sin músculo evidente.



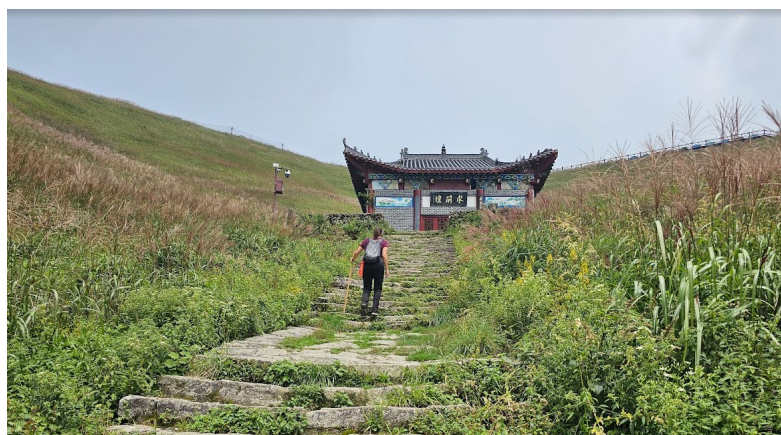
Una cosa que hacen bastante los que suben es adelantarnos a toda leche para unos metros más adelante pararse a jaderar... no parecen entender el trabajo sostenido, la ascensión continua a un ritmo pausado que requiere subir una montaña. Es la juventud, supongo... suben como potrillos. Y luego se dan el batacazo. A pesar de sus arranques terminan por quedarse atrás. Que aprendan... jajaja...

En esta montaña hay mucha más gente, sobre todo en las cercanías de los teleféricos, pero aún con esas el nivel de público sigue siendo más que aceptable. Seguimos por la selva, primero rodeados de árboles, y subiendo rítmicamente las interminables y empinadas escaleras. Se nos está poniendo el glúteo para partir nueces con las nalgas... Uno de nosotros, alertado por un gato que al verlas pone pies en polvorosa, de pronto se encuentra con dos "bichas" (víboras) preparadas para atacar, bien enroscaditas en muelle, para sacar la cabeza disparada si algún incauto se acerca.

No será nuestro caso; pasamos junto a ellas dejando que pase cómodo el aire. Ya un poco lejos, desde más arriba, nos sentimos más valientes e incluso les hacemos un pequeño vídeo. Aunque no lo parezca en la foto, son bien grandotas.

Pasado el susto seguimos ascendiendo y el bosque desaparece, dejando a la vista los verdes prados que caracterizan a esta montaña y que no podemos dejar de imaginar repletos de serpientes... Es un cambio en el paisaje que impacta, ciertamente, y más porque se acompaña de una disminución en la pendiente que hace el ascenso más llevadero y nos permite disfrutar un poco más, levantando la vista del suelo.

Nos encontramos en la concurrida cumbre dorada con nuestros compañeros, nos hacemos unas fotos y comemos algo, y el grupo más grande se va, mientras nosotros seguimos a otra pareja que va con nosotros y que (tarde), nos enteramos que va a bajar en teleférico.



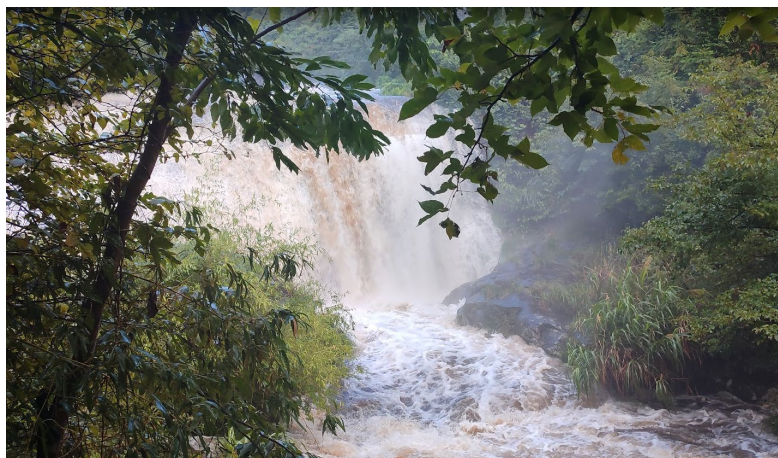
Llegados tan abajo decidimos ya continuar bajando por donde hemos subido en lugar de retomar el track, y nos encontramos con casi todos abajo porque se baja en un pispás. Faltan pocos, entre otros, esta última pareja a la que habíamos dejado en la taquilla del teleférico tomando un helado antes de bajar.

Los otros compañeros han seguido el track correctamente y han encontrado varios templos antiguos y una pasarela de cristal, como atestiguan las fotos que nos enseñan después. Cachis, me lo he perdido...

De pronto comienza el diluvio que afortunadamente nos pilla a cobijo, apropiándonos de unos taburetes que tiene el dueño de un supermercado en la puerta y nos pasamos un

buen rato entrando y saliendo, comprando delicias como cangrejos picantes (que parece que consumen como nosotros las patatas fritas), y otras exquisiteces.

Nos mantenemos en contacto con los que se arrepienten ya de haberse tomado el helado arriba (han cerrado el teleférico por malas condiciones meteorológicas), y pensamos un plan alternativo por si las moscas, aunque



queda tiempo de sobra. Los del helado prefieren asegurarse de llegar a tiempo al bus y por consiguiente al tren, así que salen escopetados a caminar bajo la lluvia. A otro grupete que estaba también bajando les pilla el aguacero en la taquilla por la que pasamos nosotros esta mañana. Les avisamos que esperen, que están muy cerca, aunque a alguno le puede la incertidumbre y prefiere empezar a bajar con agua o sin ella.

Según parece el cauce del río ha duplicado su caudal e impresiona la

fuerza con la que baja.

Se van incorporando todos al grupo más o menos calados y son todos invitados al aperitivo estrella (los cangrejos). La lluvia para y da paso de nuevo a un sol que se agradece y llena de brillos las superficies mojadas.

Pasamos por el templo que el conductor no nos dejó ver por la mañana y hacemos unas fotos sin entrar demasiado, porque una amable mujer nos dice algo que deduzco que significa que no debemos pasar más.



Sanos y salvos nos encontramos en el aparcamiento con el conductor que parece estar enfadado (quizá quería subir con nosotros a la montaña y le mandamos bajar), y que nos lleva a la estación de Pingxiangbei donde algunos buscamos cena y otros deciden esperar.

En una parada a mitad del camino en el tren, pasan los revisores cambiando la orientación de los asientos. No sé si esto pasa en España también, pero a mi me parece curioso. Muchos pasajeros se lo saben y le dan al pedal que convierte el bloque de asientos en giratorios antes de que llegue el revisor. Y ahora ponte a buscar tus cosas, las que tenías colgadas en el asiento de delante, que ahora están dos filas más atrás... jajaja... qué lío...

Llegamos a Changshanan, pero nuestro tren de mañana por conveniencia de horarios (básicamente por dormir una hora más) sale desde Changsha (sin "nan" ni nada, debe de ser central...). Así que al salir del tren pillamos un Didi como el otro millón de chinos que han salido del mismo tren y que han tenido la misma idea

para desplazarnos por Changsha. Allí estamos todos esperando, y van llegando los coches y recogiendo gente en un pequeño barullo que poco a poco se va desenmarañando.

Menuda experiencia este trayecto... Changsha es gigantesca, es una mole de ciudad, los edificios impresionan, las autopistas, el tráfico... bufff... mucha luz. Y al llegar, lo que pienso que es llovizna veo que no, que procede de un chorro que lanza un camión que averiguo después que rocía agua desinfectante sobre la calle y todo lo que se menee por ella...

Las recepcionistas derrochan simpatía y ganas de ayudar. Nos indican cómo llegar a la estación cruzando la calle por el subterráneo, acordamos el desayuno para llevar de mañana, y tras las consabidas indicaciones para el día siguiente, el grupo se disgrega...

Muchos salen a por algo de cena. La oferta es inmensa. También hay tiempo para otras compras o para el simple cotilleo en la avenida interminable. Una tienda detrás de otra, de todo tipo; algunas cutres, otras raras, otras relucientes, ... venden cosas que ni siquiera acierto a adivinar. El día ha sido intenso y volvemos al hotel, que también tiene una tienda abierta 24 horas en su recepción. Por si acaso.

0906 – sábado – Zuolongxia y Tianmen

Recogemos el desayuno primorosamente empaquetado en unas bolsitas, y una participante cumpleañera recibe un entonado “Cumpleaños Feliz” que deja un tanto descolocado al personal del hotel y a todo el que se encuentra en la recepción.

Tras los agradecimientos y las risas, salimos corriendo hacia la estación para no perder el tren a Zahngjajixi (Xi=Oeste).

Al llegar a nuestro destino, en la propia estación justo a la salida hay una agencia de viajes que ofrece entradas para las atracciones de la zona, pero nosotros ahora mismo solo pensamos en dejar allí las mochilas grandes para ir a Furong y al barranco Zuolongxia con mochila de turista (tienen servicio de consigna).

Tres participantes se deciden por la otra opción propuesta, subiendo a Tianmen, así que llegan hasta el alojamiento a dejar sus cosas y desde allí el propio alojamiento les proporciona un transporte a la entrada del teleférico (servicio puerta-cable, jaja).

Por nuestra parte, vamos a comprar los tickets de tren desde la misma estación, y volvemos loca a la pobre taquillera, ocasionando que las únicas dos personas aparte de nosotros que llegan a la cola odien (estoy segura), a todos los occidentales con los que se crucen en los próximos años.

Cogemos un tren que nos da un respiro y al llegar a la estación de Furong (prácticamente desierta) uno de los grupos que formamos tiene la mala suerte de dar con alguno de esos taxistas poco frecuentes (según



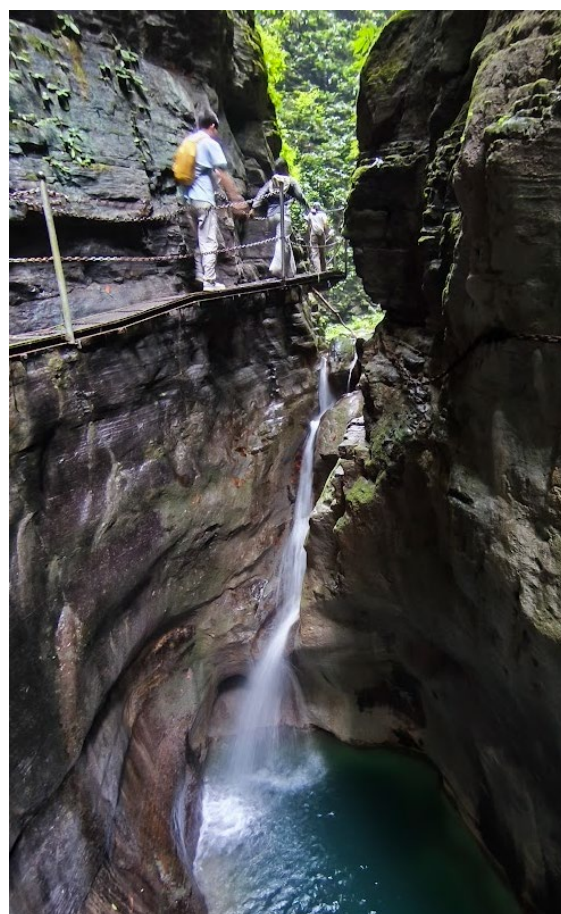
nuestra experiencia) que le echan un morro monumental, y quieren abusar y que incluso les impide salir del coche si no pagan, después de haber doblado el precio sin mediar acuerdo... una aventura que nos cuentan al llegar a la entrada del barranco que está bastante solitaria. Me empiezo a preguntar si me he equivocado al elegir el destino hoy.

Compramos entrada aprovechando el descuento según la edad

los que pueden, y nos dirigimos al barranco. Más seco que la mojama... pffff... qué fiascoooo... Algo habrá que rascar, vamos a seguir... aunque me parece que todos estamos pensando lo mismo.

Según avanzamos, los hilos de agua se convierten en pequeños torrentes y todos nos animamos cuando se hace la magia. Preciosas pozas esmeralda rodeadas de alfombras de musgo y plantas colgadas de verticales paredes. Empieza el asombro y el disfrute, con los peldaños y pasarelas instalados directamente en las paredes. Una especie de vía ferrata en un entorno excepcional. Se ven restos de viejas vías abandonadas, recubiertas de verdín.

Una verdadera gozada de lugar, se nos llenan los ojos de paisaje y los oídos con rumores del agua.



El paseo se hace corto, y merece un millón de fotografías que podemos parar a realizar puesto que estamos prácticamente solos en el barranco.

Finalizando las partes más espectaculares (las fotos no hacen honor a la realidad) nos queda la última subida ya por una zona donde en temporada alta seguro que los comerciantes hacen buenos beneficios. Hoy hay

apenas dos tenderos y unas señoras que nos venden un autobús de vuelta (en teoría del sitio escénico), que nosotros no aceptamos. Dos veces. Hasta nos persiguen un rato para insistir. Y cuando se convencen por fin, de que no bajaremos en bus, nos indican la forma de llegar andando al comienzo del parque. Atravesamos una aldea china auténtica, ante el asombro de los pocos habitantes con los que nos cruzamos.

Allí están a sus labores; desplumando una gallina, secando carne, cuidando los huertos... nada que ver con la gran ciudad de ayer, con los dos pies ya en el futuro.



desconocidos, antes de cruzarnos con un par de taxis con capacidad cinco personas por coche, que nos ofrecen un precio por persona razonable y que no dudan en llevarnos a los 17 que somos en un solo viaje hasta Furong Ancient Town. Tetris humano nivel experto. Alguno se echa las manos a la cabeza, pero se sube igual, jajaja.

Nos ofrecen comida, pero nuestros planes son otros. Bajamos por la carretera durante un rato, un tramo aburridillo, aunque vemos pequeñas edificaciones que podrían ser tumbas o altares y árboles frutales



En la entrada al recinto de Furong Ancient Town compramos la entrada (carísima) y turisteamos... no creo que valga lo que cobran, si hay que ser sinceros. La mejor parte: la cascada y las casas, que son una chulada. De la cascada hemos visto fotos mejores, parece que hemos venido en época seca. Pero sigue siendo muy bonita.

La ciudad antigua en general tiene un aire de parque temático: agradable, pintoresca, sí, pero con el cartel de "sangremos al turista" bien grande. Disfrutable, pero no repetible. Salgo pensando que la aldea con olor a puerco y casas maltrechas me ha gustado mil veces más.

Asaltamos un supermercado casi occidental para comprar el desayuno de mañana y alguna cerveza o capricho mientras nos vamos juntando de nuevo.

Cenamos todos en un restaurante que nos ofrece comida sin picante (increíble) y que cumple con la oferta (milagroso!). Unas berenjenas que están de escándalo en mi caso, mientras que otros se atreven con patas de pollo y otras exquisiteces que a mi me quitarían el hambre.

Tras la cena el grupo de por la mañana se reencuentra con el taxista estafador (Furong es un pañuelo), y se niega a tomar el taxi... No me acuerdo de cómo se arregló el asunto, pero sí de que afortunadamente conseguimos todos coger el tren de vuelta a Zhangjiajie sin más incidentes.

Acordamos un transporte para llegar a nuestro hotel, que está a unos 25 mins andando desde la estación, y lo obtenemos. Allí nos espera el broche de oro para el día: el discobús del amor... una bola discotequera en el techo y música y luz ambiental... "Love is in the air...nanananananánáa"... cantamos a grito pelao y bailamos (sentaditos) en el breve trayecto hasta el hotel, contagiando a nuestro conductor que literalmente lo flipa.



En el hotel están nuestros compañeros que han ido a Tianmen. Intercambiamos brevemente experiencias, y el grupo hace entrega a la cumpleañera de un regalo que la homenajeadora agradece de corazón. Todo el día ha sido un verdadero regalo.

0907 – domingo – Zhangjiajie

Otra vez desayunamos “lo puesto”, y un autobús, mucho menos marchoso que el de ayer, nos recoge para acercarnos al meollo del turismo local, la zona de Zhangjiajie Wulingyuan.

Llegamos a nuestro hotelazo, en el que pasaremos tres días, y soltamos los macutos grandes en la recepción del hotel, pues no nos dejan aún hacer el check-in.

Vamos en busca de alguna agencia de viajes para comprar las entradas al espacio escénico de Zhangjiajie, y damos con una en la que está un chaval durmiendo. ¿Habrás pasado la noche en la tienda? La verdad es casi parece que forma parte del mobiliario... Después de liarla parda comprando y pagando las entradas de forma individual, pero consiguiendo milagrosamente que todo cuadre, me da su contacto de WeChat y me dice que le escriba a cualquier hora si tengo cualquier duda. Y compruebo después que realmente contesta a cualquier hora... No sé qué jornada laboral tienen estos chicos pero no se parece a la española.

Vamos a la puerta del espacio escénico sobre las nueve y media de la mañana ya, con la intención de dedicar el día a la zona de Tianzi, al ser la más corta. Pronto nos dividimos, casi todos buscan el teleférico para subir, y tres intentamos el track que llevamos con cero éxito, así que terminamos subiendo por lo que planeábamos que fuese bajada.

Un coordinado baile de autobuses lanzadera que distribuyen al personal por todo el recinto nos da una lección más sobre la eficiente organización y el dinamismo en China.

Se van formando distintos grupos y cada uno hace una cosa, que nos vamos contando a través de WeChat o cuando nos cruzamos.

Ya parecemos chinos auténticos. A primera hora hay niebla, pero como nosotros subimos andando, al llegar



más tarde, la niebla se dispersa, permitiéndonos admirar el paisaje, con esas formaciones tan cautivadoras. En Zhangjiajie las cámaras trabajan a destajo y no es para menos. Si las piedras hablaran, me la juego a que pedirían derechos de imagen.

Mi parte favorita del día es cuando nos “colamos” por un camino que ya no se mantiene, en el que no hay absolutamente nadie, y la selva y los desprendimientos se lo van comiendo. Parecía el escenario de una peli de aventuras. Si hubiese aparecido Indi por casualidad, le hubiese saludado con toda naturalidad.

Echamos el día completo entre fotos y paseos.



Al volver al hotel ponemos una lavadora y nos damos otro paseo por la ciudad, que también tiene una avenida con puestecillos de comida nocturnos.

Pero la mayoría del grupo se reúne en un restaurante justo frente al hotel, en el que claramente no entienden su propio idioma. O al menos te ignoran cuando les dices en tu chino más depurado: “Bú-lá”. Tampoco hacen caso del “No spicey”, ni del “que no quiero picanteeeeeeeeeee..., ¡leches!”

Empapo la almohada con los lagrimones fruto de la reacción de mi cuerpo a la cena pero la cama es comodísima y caemos pronto rendidos. No sin antes haber reservado nuestra entrada de mañana a través de un práctico MiniPrograma de WeChat, por la puerta Oeste.

0908 – lunes – Zhangjiajie

Desayuno tipo buffet en el que tenemos ¡café y bollos! (yupiiiiii!) y nos ponemos de acuerdo para tomar cinco Didis hasta la puerta Oeste (que es por donde nos van a dejar entrar pues así lo reservamos ayer), con el fin de exprimir al máximo la zona de Huangshizhai. Es la más famosa, la que inspiró las islas flotantes de Avatar.

Como ya tenemos nuestras entradas sólo tenemos que poner la cara para que nos dejen pasar, no hay ni que sacar el pasaporte (se merece un descanso después del trajín de estos días).



Hoy sí subimos todos en teleférico y el primer paseo nos lo damos prácticamente juntos los veinte. Las pasarelas van encadenando



miradores con paisajes espectaculares. Los monos hacen sus monadas y alguno del grupo se lleva un susto. No son tan “cuquis” como aparentan sino algo agresivos, como no se cansan de advertir los carteles por todas partes. Algunos parecen reírse de esos carteles.

Le dan un punto divertido al paseo, cierto, pero hay que reconocer que la estrella aquí es el paisaje: quita el aliento.

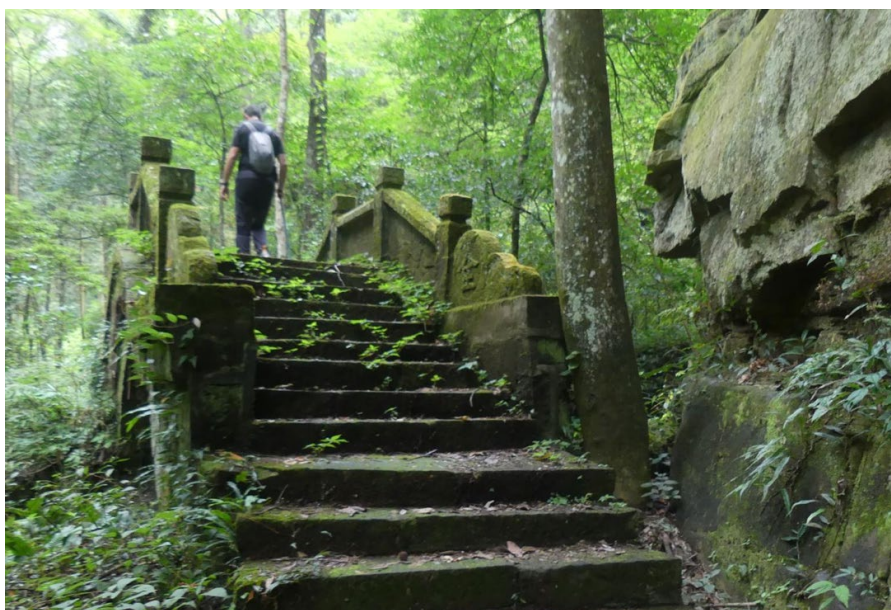


Desde arriba podemos comprobar que el camino por el que íbamos a subir está vallado. No es posible averiguar si hay algún corte real en el recorrido desde nuestra perspectiva porque se pierde en la selva. Pero qué pintaza tiene...

Al finalizar el loop, llegando al teleférico, la zona se abarrotaba... humm... esto empieza a recordarme a Huangshan... yo prefiero bajar. Nos perdemos el último mirador, pero en cuanto comenzamos la bajada todo el mundo desaparece. Los ruidos de gente se atenúan y solo quedan los monos que pasan olímpicamente de nosotros. En esta zona en la que no hay turistas ellos hacen su vida, se persiguen por los árboles, y se gritan unos a otros. A saber lo que se dirán.

Bajamos tranquilamente hasta el cruce con el Golden Whip, donde de nuevo se concentran los monos ladronzuelos.

Nosotros pasamos junto a ellos robándoles algún posado (¡venganza!) y nos disponemos a caminar junto al río, en busca de nuestro desvío. El recorrido es



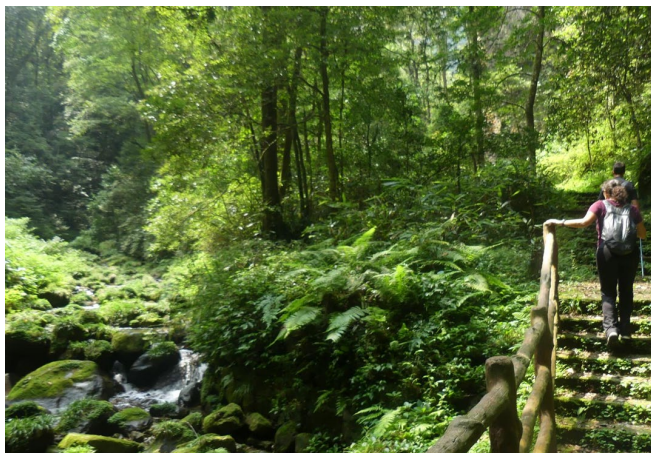
totalmente plano en esta zona, y te permite ver los grandes pilares desde abajo, que también impresiona.

El desvío de nuestro track nos lleva hacia unos baños y una valla que corta el camino. Traducimos del chino al español para poder ignorar el cartel con más tranquilidad. Como la traducción es incomprendible y vemos señales de que no somos los primeros que lo hacen, nos colamos por la valla.

Resulta ser el camino más bonito que transito en todo el parque (¿será la emoción de lo prohibido?). Pasamos junto a un curso de agua, grandes rocas y todo recubierto de musgo... Puentes de piedra y vegetación exuberante convierten la incursión en terreno peligroso en un lugar especial.

El camino, ahora estrecho en muchos puntos, ha vivido tiempos más despejados, pero ahora mismo recuerda a las instalaciones abandonadas de Jurassic Park. Otro decorado de película (además de Avatar).

Pasamos por una casa con todas las puertas abiertas, no sabemos si allí vive gente realmente o no, porque las señales son contradictorias (mierda por todas partes pero ropa tendida... no sé...). Lo que seguro que viven son bichos y monos... y probablemente serpientes. Yo paso rapidito, no vaya a salir el ermitaño con un palo a decirnos que no debemos estar allí. Hay una carretera junto a la casa que no aparece en el mapa.



Nosotros seguimos por el camino que a veces se cierra bastante pero que no tiene pérdida. Encadenamos arriba del todo con la carretera de la parte alta de la montaña, por la que pasan buses lanzadera cada pocos minutos. Allí nos encontramos con unos españoles que van con un guía privado y que nos dicen que justo al lado de donde hemos salido hay una vista extraordinaria del puente de piedra (famoso) que visitaremos más tarde. Ya que estamos... pues vamos. El mirador también vale la pena y es bastante solitario. En el siguiente tramo nos toca soportar al gentío, más llevadero que el de primera hora.

Terminamos el día aprovechando el teleférico para repetir Tianzi a última hora, a ver si vemos el atardecer (hay que amortizar el pase "ilimitado" que compramos). Subimos cuando están cerrando todo, un momento mágico en el que los tenderos se van y no te ofrecen nada, y vemos alguna parte que ayer nos perdimos.

Ha resultado el día bien completito, y hoy, (ya que estamos en modo cinéfilo) ¡a Dios pongo por testigo, no volveré a pasar hambre! En otras palabras: el día no terminará en el restaurante de enfrente del hotel. Nijartaevino.

Afortunadamente encontramos un restaurante en el que nos tratan como a occidentales, y mis papilas gustativas casi completamente recuperadas del castigo de ayer, consiguen apreciar el sabor de la cena. Mañana repetimos aquí fijo.

Tarde el hallazgo para el estómago de una de las compañeras que ha petado (suponemos que por el sobreesfuerzo digestivo). Nos ha comentado a última hora de la tarde que se ha encontrado mal y ha ido al hospital, donde nos comunica que pasará la noche de hoy. Le deseamos que duerma bien y nos quedamos pendientes.

0909 – martes – Zhangjiajie

Hoy hay diversidad de elecciones. Hacemos varios grupos y nos dispersamos por el parque y alrededores. Algunos van al lago Baofeng, otros lo intentamos con la zona de Yangjiajie.

El trayecto hasta el teleférico no es especialmente bonito, y la niebla y la lluvia no ayudan: el día se vuelve gris y deslucido, y las ganas se diluyen.

Al llegar a la base del teleférico, tenemos la opción de subir caminando, pero como llueve, decidimos tomar el teleférico. Mala elección, como descubrimos después, cuando dos compañeros nos envían información sobre el sendero: resulta ser el más montañoso de toda la zona, con puentes colgantes algo deteriorados. Una auténtica aventura que esta vez nos perdemos. ¡Cachis!

Arriba, la niebla apenas deja ver nada, así que tomamos un bus por la parte alta hasta Huangshizhai, donde, por error (todo sea dicho), entramos gratis a la antigua villa.





El lugar es muy pintoresco. Nos hartamos de hacer fotos



a los tarros con serpientes gordísimas sumergidas en lo que parece alcohol, y a los utensilios y estancias que usaban los miembros de la tribu Tujia, que vivían allí arribota. Hasta una princesa tenían. Tribu a la que por cierto, el gobierno caritativamente reubicó en el valle, viendo que la zona era mucho más rentable como reclamo turístico.

Esquivamos como podemos su particular “pasillo IKEA”, en el que te obligan a pasar por todos los estantes en los que te venden abalorios de plata, vestidos... y remedios contra todo tipo de enfermedades. Todo especialidades tradicionales de la tribu.

Y con esto es más que tarde, y estamos cansados... volveremos a Tianzi a bajar una vez más por el teleférico más próximo a la salida que queda cerca de nuestro hotel, y volvemos paseando por la avenida de los puestos que están ahora colocando.

Mientras tanto a la compañera enferma, que ha seguido en el hospital (por llamarlo de alguna forma) toda la mañana, le han chutado unas mil botellas de suero y la mandan a “casa” a dieta de caldos y agua. Se une al grupo a tiempo para irnos a cenar (o lo que sea...).

Camino al restaurante vemos en un parque que están bailando todos al unísono en “escuadrón”. Unos pocos nos unimos a la actividad, desorganizando totalmente la última fila (¡qué vergüenza!).

Particularmente, no doy ni una, los pasos no son simétricos, y hay que aprenderse la coreografía que se desplaza hacia los cuatro puntos cardinales. Unos pasos diferentes para cada canción. Estoy convencida de que en China tiene que haber menos Alzheimer y enfermedades cardiovasculares. Ojalá esta costumbre se practicara en España.



Continuamos nuestro camino, pues debemos comprar las entradas para mañana y el “chico mueble” de la tienda de las entradas cortocircuita cuando le digo que queremos hacer el cañón en sentido opuesto al que lo hacen todos. La información sobre las actividades a realizar es bastante confusa. La traducción es horrible, y no llegamos a enterarnos de si podemos hacer todas las actividades por las que pasemos, o solo cinco de siete. Que luego en el mapa son ocho. En fin, un lío. Vámonos a cenar, que mañana ya veremos.

0910 – miércoles – Zhangjiajie Daxiagu

El bus se retrasa esta mañana. Está lloviendo, así que esperamos bien secos y sin ninguna prisa en el vestíbulo del hotel, hasta que finalmente aparece.

El plan de hoy es turístico, diseñado principalmente para descansar, e incluía la visita a una cueva. Pero nos la ponen como algo medio aburrido y caro, principalmente porque no hay guías en español y ponen muchas trabas incluso para el inglés, así que nos limitamos a ir al Gran Cañón.

Cuando pasamos por el aparcamiento de la zona baja me sorprende no ver a nadie. Parece que llegamos tarde, pero no un rato tarde, sino un par de años tarde. La época de esplendor de esta atracción ya ha pasado.

En el aparcamiento superior se aprecia un poco más de movimiento, pero tampoco excesivo. Entramos en el recinto en el que tienen una maqueta enorme del valle con el puente colgante representado. Con calma y sin prisa nos lanzamos a pasar vértigo pasando por el puente de cristal, pero no da mucha impresión, porque las nubes se reflejan en el suelo, viendo algo blanco en lugar del fondo del valle, y además la niebla entra y sale.



Es donde más gente hay concentrada, así que continuamos. Probamos a mirar el puente desde un globo (realidad virtual), y tras ello nos lanzamos por una tirolina muy chula y muy segura que me hubiese gustado repetir, pero no conseguí saber si me iban a permitir hacerlo o no. Las dificultades en el lenguaje.

Continuamos pues, por el camino señalado por el chico de la agencia de viajes y vemos excavado en la tierra un camino que nos informan de que está cerrado. Lo vemos a lo largo del cañón y realmente tiene pinta de estar cortado en algún tramo.

Tras deslizarnos por un tobogán, llegamos al fondo del cañón y nos queda un rato de andar por una pasarela sobre un tranquilo río con aguas de color esmeralda y paredes verde-selva, muy muy bonito y disfrutable cien-por-cien. Me da pena dedicar solo una línea al paisaje en este cañón porque merece muchas más.

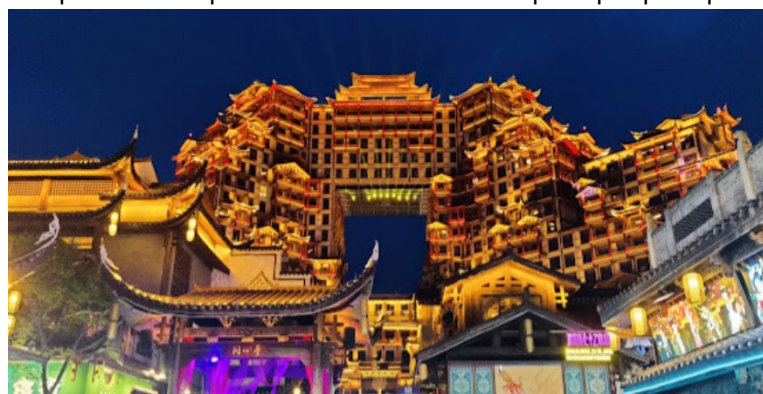




Nos recoge nuestro autobús tras la visita, a la hora de comer, y nos lleva de nuevo a Zhangjiajie ciudad, a la zona del Cableway que va a Tianmen.

Nos alojaremos allí, en un pequeño hotelito con unos anfitriones de lo más amables. Imposible de localizar sin usar Baidu Maps, puesto que las manzanas que se dibujan en otras aplicaciones se dividen a su vez en un montón de calles no identificadas.

Dejamos nuestras cosas en la habitación y nos lanzamos a investigar y “mezclarnos” con la gente. Encontramos, entre otros negocios, una empresa que se dedica a la comercialización de la carne de salamandra gigante (con muchos ejemplares amontonados en varios acuarios), y muchos restaurantes de la zona tienen en la puerta, a pie de calle, un barreño con los animales vivos que los comensales eligen para zamparse. Yo no puedo evitar sentir bastante pena porque aquí la salamandra se considera un super alimento



y un manjar.

También encontramos un restaurante que a mí me da de comer más berenjenas sin picante. Ricas ricas y con fundamento...

Unos compañeros van a visitar un edificio de lo más pintoresco y nos envían fotos de una representación de lo que parecen unos San Fermínes!. Teníamos que habernos ido con ellos, pero los deberes nos han retenido.

Volvemos a la puerta de nuestro alojamiento donde nos agrupamos en las sillas que hay en la puerta, y hablamos de nuestras cosas como lo hacen los chinos diez metros más allá, que están jugando a las cartas en plena calle, huyendo de los espacios cerrados en la calurosa noche.

Los dueños de nuestro alojamiento nos invitan a cacahuètes, que son muy apreciados en China como fuente de calcio y fibra, y nosotros los consideramos un excelente complemento a las cervezas que a su vez nos ayudan a conciliar el sueño.

0911 – jueves – Emeishan

Nueva aventura con el Didi para volver hasta la estación de tren de Zhangjiajiexi, desde la que nos desplazaremos hasta Emeishan haciendo una escala (consideremos trenes bala como aviones...) en Chengdudong.

Aprovecho para repasar lo que queda del viaje, ya que tenemos unas horas de calma, y ¡horror! descubro que el último tren que compré para todos va al aeropuerto equivocado. Menos mal que me ha dado por mirarlo... estamos a tiempo de cambiarlo, y así lo hago. Vaya ratito incómodo ¡leches!...



Para compensar por el día de viaje, cuando llegamos a las cinco de la tarde a nuestro destino, nuestra alojadora nos proporciona coches igual para los que quieren ir directos al alojamiento, como para los que preferimos estirar las piernas durante la hora y media que nos cuesta llegar hasta el mismo desde la entrada del parque.

Aún es de día, pero pronto anochecerá, y los carteles que advierten del peligro de encontrar serpientes no contribuyen a tranquilizarnos.



A pesar de todo disfrutamos un montón del paseo, porque no supone un gran desnivel (a pesar de encontrar varios tramos de escaleras), y la selva está preciosa y bastante solitaria. Encontramos por el camino varias escuelas de kung-fu. Los monjes y monjas de esta montaña son famosos por practicar el budismo Chan y un riguroso entrenamiento en artes marciales.

Los pocos caminantes que nos encontramos parecen felicitarnos por subir a esas horas... Deben pensar que estamos haciendo la "peregrinación" que hacen ellos que consiste en subir hasta el monte Emei de una sola vez. Casi tres mil metros de desnivel, lo que viene a ser una salvajadilla (aunque menos que nuestra clásica



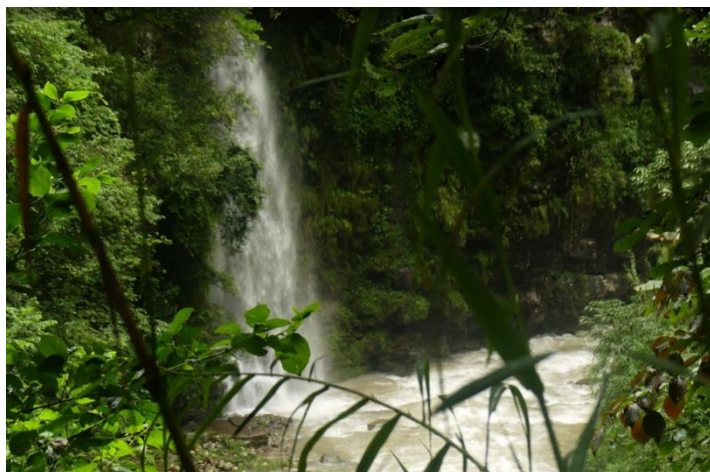
Ruta 0-4-0 de subida al Teide), que quizá nos hubiésemos planteado en otras circunstancias. En esta ocasión preferimos ser más conservadores, y la planteamos en tres días: el de hoy, mañana, que será una subida grandota, y el último día de ascensión corta pero bajada larga.

Al llegar a la zona del alojamiento pienso que vamos a estar en un cuchitril, pero la selva oculta sorpresas y resulta ser una casa reformada y decorada con mucho mimo, que a todos nos impresiona.

Las habitaciones grandes y comodísimas, unido a que la propietaria nos cuida como si fuésemos sus familiares, haciéndonos favores de todo tipo, y cocinando una cena estupenda, termina convirtiendo su alojamiento en uno de mis favoritos de todo el viaje.

0912 – viernes – Emeishan

Desayuno tipo sopa de espaguetis (son de poca variedad), pero contrariando a las páginas meteorológicas que habíamos consultado llueve a mares desde la madrugada y no podemos salir.



Hacemos tiempo antes de empezar a andar. Además Yun (nuestra anfitriona), en contacto continuo con los gestores del parque, nos informa de que ha habido un derrumbamiento y no se puede, por el momento, subir en bus, y tampoco andando.

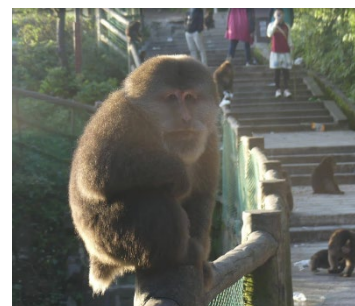
Se hace la hora de comer y parece que por fin han arreglado el derrumbamiento. Es tarde para subir andando, así que cambiamos los planes para adaptarlos a la situación. Hay que ser precavidos, más quedando tan poco tiempo para coger el vuelo de vuelta a España, no es cuestión de meternos en líos que no nos dé tiempo a

resolver. Bajamos desde el alojamiento hasta Qinying, donde se toma el bus para llegar hasta nuestro alojamiento de esta noche.

El recorrido es bien bonito y hay poca gente, supongo que por la lluvia torrencial de la mañana que se aprecia en el caudal y el color de los ríos.



Subimos hasta Leidongping, y la gran mayoría del grupo sube hasta el Emei para ver el atardecer (algunos andando, otros aprovechando el Cableway). Unos pocos nos quedamos con intención de subir de madrugada y ver el amanecer desde la cima. Hay muchísima gente bajando y muy poca se queda en Leidongping. Descubrimos que los monos aquí le echan mucho más morro aún que los monos de Zhangjiajie, y son más corpulentos (otra especie). Decido que tengo que hacerme con un palo antes de subir, y me ayudan a agenciarme uno de los que la gente que ya baja va abandonando. Es la hora de cerrar para los comercios, pero tomamos nota de un puesto que alberga una cafetería (con café de verdad!), y de la anexa tienda de gofres que nos servirán para desayunar cuando bajemos del monte.

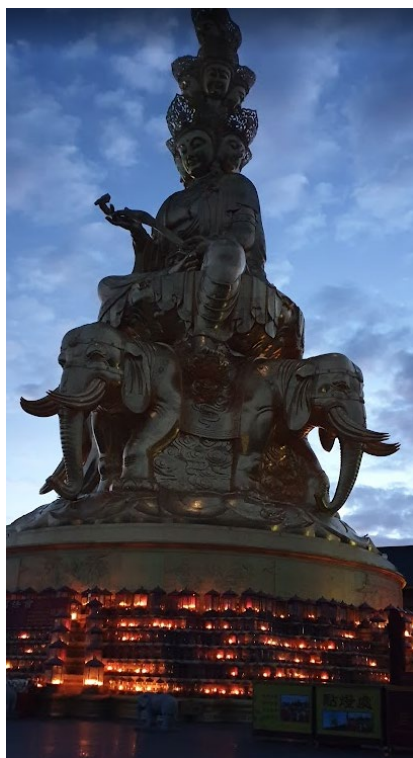


Me niego a cenar en nuestro alojamiento (por no beneficiar más al anfitrión más antipático y poco colaborador de todo el viaje con diferencia), y convengo a mis compañeros para cenar en otro local que tampoco es que tenga muy buena pinta. Al final comemos bien, pero todos parecen poco higiénicos, y no hay más opciones. Es la fuerza de la que se valen para no ponerse al día, pues tienen el negocio asegurado. Supongo que es el equivalente a muchos de nuestros refugios de montaña en Pirineos, los cuales, en mi opinión, deberían renovarse, como están haciendo los refugios franceses y los andorranos.

Nos acostamos pronto porque el madrugón será de aúpa.

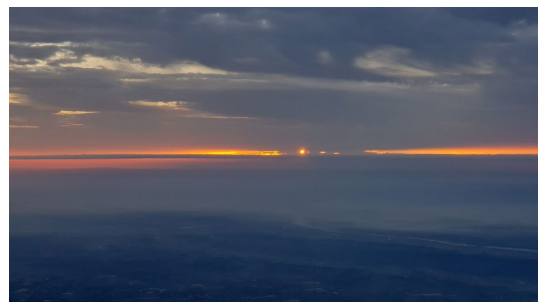
0913 – sábado – Emeishan

Después de dormir un ratejo, como quien dice, nos metemos un par de plátanos para el cuerpo y unas galletas y tiramos para arriba con el palo en mano, no vayan a salir los macacos a intentar quitarnos algo.



Descubrimos que estamos lejos de ser los únicos. Hay bastante gente subiendo, pero diría que ellos suben desde más abajo, por la sensación de agotamiento que transmiten.

Vamos superando a los distintos individuos y grupos que ponen banda sonora a su ascensión (y de paso a la nuestra) y espantando (para bien o para mal) a todos los bichos alrededor. Rayando el día (literalmente) llegamos a la majestuosa escalera que da acceso a la cima. Las velas junto al elefante dorado, en penumbra, dan al lugar un aspecto realmente espiritual. Aunque cualquier espiritualidad queda diluida cuando todos nos arracimamos en la parte oeste para sacar nuestras fotos. Hay mucha gente. No quiero pensar lo que se junta allí a lo largo del día...



Esperamos un rato, saltando alguna valla para situarnos mejor, y contemplamos el último amanecer chino que veremos en este viaje. Marchamos a visitar las distintas pagodas, que diría que compiten por

ser la más ricamente ornamentada.

Los compañeros que subieron ayer deben estar empezando a bajar ahora. A nosotros nos quedan 700 metros de desnivel hasta donde ellos empiezan.

Nos planteamos coger el teleférico pero al final nos animamos a bajar andando, no estamos muy cansados. Tras hacer una parada para comprar una moneda conmemorativa del monte, que será el recuerdo que se lleve mi nevera de este viaje a China, y tras desayunar según lo previsto (café con gofres yuju!), iniciamos el descenso serio. No para de subir gente. Madre mía, van a tener que pedir la vez para estar todos allí arriba, y mira que la cima es amplia...

Hay un desvío que tiene una cinta y un “paisano-barrera” hacia la ciudad de los monos. Nuestros compañeros que iban por delante no han tenido problema en tomar ese desvío, pero por más que lo intentamos, el paisano no nos deja seguirles. Suertudos ellos: por las fotos veo que su recorrido es más bonito que el nuestro así que voy a poner sus fotos, jajajaja...



Nosotros nos resignamos y por evitar un incidente internacional, seguimos recto. También nos cuentan que su camino tenía una valla al final que cortaba el camino y que tuvieron que saltar.



A pesar de todo nuestro paisaje tampoco desmerece y tenemos la oportunidad de comparar el río. Ayer la riada de color café con leche daba bastante miedo rugiendo en el crecido desfiladero. Hoy el agua es de color de jade, y aunque se revuelve indómita en los callejones en los que no nos gustaría caer, ha bajado su nivel considerablemente.

Continuamos un poco más hasta el templo de Qinyin, donde nos compramos un helado que por dificultades técnicas no podemos pagar, y al que nos invita amablemente un monje budista haciendo uso de su tablet. Parece que los monjes allí ganan bien...

Nos comemos los helados un poco agobiados por la presencia de los monos que están al acecho y continuamos bajando escaleras, ya las últimas, hasta la parada del bus, que cogemos esta vez en dirección contraria para dirigirnos hasta Emeishan Railway Station. Dos compañeros más que han bajado por el mismo sitio que nosotros cogen un Didi que pincha una rueda, pero el asunto se soluciona felizmente y con suficiente celeridad.

El resto del grupo ha llegado antes y nos ha enviado la ubicación del restaurante en el que están comiendo y junto al que hay un mercado casi normal, con leche y yogures.

Nos vamos a la estación, donde hemos quedado con Yun, que nos había guardado las mochilas grandes, y como hemos llegado a la estación con mucho tiempo de sobra, nos dedicamos a comprar algún regalito/recuerdo que no infrinja las normas sobre equipajes y aeropuertos antes de tomar el tren que nos lleva directamente a la parada de Tianfujichang (jichang=aeropuerto).

Los que compramos los billetes primero volvemos por Roma. Los que tardaron más en comprarlos pudieron comprar un vuelo directo a Madrid que salió a la venta pocos días después.

0914 – domingo



Para los que pasamos por Roma la vuelta al “viejo continente” resulta un tortazo en la cara. Todo se vuelve más lento y sucio. Y en la ciudad de Roma las aglomeraciones son mayores que en casi cualquier sitio de los visitados en China.

Nos vamos a zamparnos una pizza y un helado deseando olvidar la comida china (no todo es malo, jajajaja), y tras la comida volvemos a Madrid, con la cabeza llena de imágenes y experiencias que no olvidaremos.